

¡oh paciencia sublime de Jesucristo! Ni hace del declamador vocinglero a vista de la espantosa corrupción de su pueblo, ni el aborrecimiento con que la miraba lo vuelve misántropo ni desabrido en su trato, sino más bien dulce, suave y afable para con todos los pecadores; los trata á todos con tal delicadeza y ternura, que vence aun la mayor obstinación y dureza. Se aprovecha de los restos de probidad natural que quedaban en ellos para hacer la entera mudanza de su corazón, se lo gana con beneficios, y coloca en él el amor de la verdadera justicia. Mujer, nadie te ha condenado, ni yo te condenaré, le dice á la adúltera, después de haber confundido á sus acusadores: anda con Dios, no vuelvas á pecar más. Y cómo había de ofender más á Jesucristo una mujer que acababa de recibir de él su reputación, su vida y su alma?

Y esto me lleva ya á concluir, diciendo una palabra sobre la caridad de Jesucristo ó su amor á los hombres. El apóstol San Pablo exigía de los fieles de Efezo, que habitase en ellos el mismo Jesucristo por la fe, y que estuviesen radicados y establecidos en caridad para que pudiesen comprender, con todos los santos, cuánta sea la extensión del amor de Jesucristo á los hombres, y saber y penetrar la caridad sublime de la ciencia de Cristo. Y á la verdad que sólo cuando la caridad sea perfecta y consumada en el corazón de los escogidos de Dios en la bienaventuranza, podrá conocerse el gran misterio de la caridad de Jesucristo para con ellos, porque entonces se verá consumado por la perfecta estructura del cuerpo místico de este Señor, que es su Iglesia en todas sus dimensiones. Allí solamente se conocerá el fuego inmenso de amor que abrasó esta víctima sacrosanta sobre el madero de la Cruz, aquel amor infinito con que se ofreció á su eterno Padre para padecer por nosotros, aquel deseo vehementísimo que manifestó algún tanto cuando les decía á sus apóstoles: ardentísimamente he deseado celebrar esta última Pascua con vosotros.

Pero si no es dado á nosotros, débiles en la fe y fríos en la caridad, penetrar tan adentro en el incomprendible misterio del amor de Jesucristo á los hombres, al menos acerquémonos á su Cruz y recojamos sus palabras, y observemos sus afectos para rastrear algunos indicios de este amor infinito. Vedlo allí desnudo, desgarradas sus espaldas con los azotes, y renovadas sus heridas con la aspereza de aquel madero, taladrados sus pies y manos con los duros clavos, traspasadas sus sienas y su cerebro con las espinas penetrantes de su corona, exhausto de sangre, convulsos sus nervios, angustiada su alma, su corazón partido de dolor al ver á la Madre huérfana afligi-

disima, y á sus enemigos triunfantes, que no satisfechos con haberlo llevado á aquel suplicio, lo insultan todavía, convidándolo á que se baje de la Cruz. No, no temáis que baje; podría bajar si quisiese; podría hacer descender fuego de los cielos que os abrasase, como hizo Elias sobre el monte á los que lo insultaron. Pero Jesús no. Subiría á la Cruz por vosotros si aun no hubiese subido; y estando ya en ella, en vez de darse por sentido de esa crueldad bárbara con que lo insultáis, se vuelve á su Padre, y poniéndole á la vista lo que por vosotros padece, le pide os perdone, excusando vuestra fiera con vuestra ignorancia: Padre mío, perdónadlos, porque no saben lo que se hacen. Meditad vosotros esta palabra que yo no sé explicar, ni puedo añadir otras que aquella terrible maldición de San Pablo: Si hay todavía alguno que no ame de veras á nuestro Señor Jesucristo, maldito sea para siempre jamás: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema.*

JESUCRISTO PROPONE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Videns autem Jesus turbas ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus et aperiens os suum docebat eos.

Y viendo Jesús las gentes subió á un monte y después de haberse sentado se llegaron á él sus discípulos: y abriendo su boca les enseñaba.

(S. JUAN, c. 5, v. 1 y 2.)

Acudia, hermanos míos, la multitud de Décapolis, de Jerusalén, de la Judea entera, de la provincia de Siria y de los confines marítimos, de Tiro y Sidón, á oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales, y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud á todos. Viendo Jesús esta

multitud inmensa se dirigió al monte cercano de Cafarnaum, sentóse en él rodeado de sus discípulos, y alzando sus ojos al cielo dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos. Dichosos seréis, cuando los hombres por causa mía os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

No queremos, hermanos míos, debilitar con un estéril comentario la verdad divina que se exhala de cada una de las palabras de lo que constituye como el resumen de todo el sermón de la montaña.

Todo el Evangelio forma su desarrollo ulterior, porque sólo Jesucristo podía explicar su palabra. El Verbo divino lleva a la humanidad, con cuyas miserias vino a desposarse, un tesoro de felicidad que nadie enteramente sospechaba. La pobreza voluntaria, la dulzura, las lágrimas, el hambre y la sed de justicia; la práctica de las obras de misericordia, la pureza del corazón, el amor de la paz; la paciencia en las persecuciones, tales son las ocho Bienaventuranzas que predica el Salvador a un mundo, donde la riqueza y el lujo habían adquirido proporciones casi sobrehumanas; en una época en que era la ley suprema la violencia y en que la misericordia consistía en abreviar con el puñal los tormentos de los gladiadores heridos; en que reinaba únicamente la voluptuosidad en las conciencias, en que la paz era sinónimo de esclavitud universal, y en que la persecución no tenía más límites que los del universo. Y no obstante, hermanos míos, sólo siguiendo esta doctrina admirable de Jesucristo, encontramos la felicidad que tanto anhelamos.

Al criarnos Dios para ser dichosos, ha infundido en nuestros corazones una tendencia y un deseo vivísimo de serlo. No hay un solo hombre que no aspire a la felicidad, y que no trabaje cuanto puede para adquirirla; pero cada uno elige distinto sendero para llegar al mismo fin. El amor a la felicidad es uno mismo en todos los hombres; pero la idea que de ella se forman, en todos es diferente. Todo el mundo la busca, y sin embargo, la verdadera felicidad es descono-

cida por casi todos. Lo que debe constituir nuestra felicidad es Dios mismo y la contemplación y el goce de sus infinitas perfecciones; pero somos tan insensatos, que ciframos nuestra dicha en los objetos frívolos que nos rodean, y perseguimos sin cesar los vanos fantasmas de la fortuna, de la grandeza y de los placeres. Jesucristo descendió a la tierra para desvanecer esta ilusión y mostrar a los hombres donde reside la verdadera felicidad, trazándonos el camino que a ella conduce. Su Evangelio, cayendo como una luz brillante del cielo a la tierra, ha disipado la obscuridad en que el género humano, errante a la ventura, buscaba a tientas por todas partes la felicidad, sin poder encontrarla. A este nuevo resplandor, el mundo ha abierto los ojos, y se ha asombrado de haber por tanto tiempo desconocido lo que era objeto de todos sus deseos. Pero ¡ay! como se lamentaba el grande Apóstol desde el principio del Cristianismo, todos no obedecen el Evangelio. ¡Cuántos falsos cristianos, con desprecio de esta ley santa, buscan la felicidad en lo que ella misma les advierte que encontrarán su desgracia! ¡Cuántos cristianos débiles y tibios, confesando en teoría que sólo la religión puede proporcionar una sólida ventura, desmienten con la práctica los principios que profesan, queriendo amalgamar la dicha que la religión promete con los goces por ella reprobados! Evitemos la inconsecuencia, tan deplorable como absurda, de querer ser dichosos sumergiéndonos en el abismo de la desgracia, y sirvanos el deseo de la felicidad, que existe en nuestros corazones, para obligarnos a escuchar la voz divina, que nos llama hacia ella. Por eso nos importa mucho meditar y conocer las Bienaventuranzas que Jesucristo nos propone. *Ave María.*

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.

Según el divino Salvador, no es la pobreza material y efectiva la que conduce a la felicidad, sino el espíritu de pobreza; no es la posesión de las riquezas la que de ella excluye, sino el amor que se les consagra. Dios quiere que haya ricos en el mundo; y por lo tanto, no lleva a mal que cualquiera lo sea. Muchos personajes célebres en los anales de la religión se han santificado con las riquezas mismas. Estas pueden ser un medio para salvarse, pero generalmente suelen ser un obstáculo; esto depende del espíritu con que se posean y del uso que de ellas se haga. Encargando el Apóstol a su discípulo prescribir a los ricos los deberes que les imponen las riquezas, los hace consistir en tres cosas: en no tener por ellas orgullo, en no hacerlas el

fundamento de las esperanzas y el objeto de la felicidad, y en repartirlas con largueza, para crearse en la eternidad un tesoro y adquirir la verdadera vida. Pero la mayor parte de los ricos peca contra alguno de estos preceptos, y aun muchas veces contra todos. En primer lugar, colocando las riquezas á los que las poseen en una clase superior, les hacen mirar con desdén á los que están privados de ellas. Mientras que Dios, dice el apóstol Santiago, ha escogido á los pobres del mundo para que sean ricos en la fe y para hacerlos herederos de su reino, vosotros os empeñáis en deshonrar la pobreza. En segundo lugar, proporcionando las riquezas con abundancia todos los goces terrenales, se convierten en una gran tentación para no buscar otros goces. Dios las había concedido como un medio de adquirir la felicidad, y se hace de ellas la felicidad misma. La peligrosa facilidad con que proporcionan la satisfacción de todos los gustos y de todas las pasiones, hace que el hombre se entregue á ellas sin moderación y que no desee otra cosa. En tercer lugar, las riquezas no sólo hinchán y extravían el corazón, sino que también lo endurecen. Enteramente empleadas en el lujo y en los goces, no dejan pensar al rico en los muchos Lázaros que para su subsistencia desearían sólo las migajas que caen de su mesa suntuosa. La vista del miserable le importuna, en lugar de conmovérle, y el espectáculo de su desgracia le repugna, en vez de interesarle. No parece sino que para compadecer la miseria es preciso haberla experimentado. Es cosa extraña que en la clase indigente se halle mucha más compasión y más caridad que en la clase opulenta.

A estos vicios de los ricos, ó más bien á los efectos ó abusos ordinarios de las riquezas, opone el divino Salvador el espíritu de pobreza, que los reprime todos. Desde luego este espíritu nos enseña á honrar una condición que el mismo Jesucristo buscó para él; condición en la cual quiso nacer, vivir y morir; y al mostrarnos en los pobres nuestros iguales delante de Dios, imágenes suyas como nosotros, como nosotros hijos suyos, y como nosotros rescatados con su sangre, desterró de nuestros corazones el desprecio injusto que la indispensable desgracia de las distinciones sociales pudiera hacernos concebir. Nos inspira además, no el sacrificio de nuestra fortuna, sino la predisposición á sacrificarla, y la resignación á la voluntad divina, si Dios tiene á bien privarnos de ella. De este modo quiere enseñarnos á no hacer consistir nuestra felicidad en esos bienes, tan perecederos como frívolos, sino en los bienes de un orden superior. Por último, haciéndonos considerar bajo su verdadero punto de vista la riqueza y la pobreza, nos dice cómo hemos de usar de la una, y la obligación

que tenemos de aliviar la otra, demostrándonos que tenemos más interés que los mismos pobres en el bien que les dispensamos, y que nuestra generosidad puede proporcionarnos una dicha mayor que la de ellos.

El espíritu de pobreza no se prescribe sólo á los ricos, sino que también está positivamente mandado á los pobres. En éstos consiste en someterse religiosamente á la voluntad suprema, que en tal condición los ha colocado, sin murmurar de las privaciones que sufren ni mirar con ojos de envidia á los que esa misma voluntad ha colmado de riquezas. Que consideren con los ojos de la fe su propia situación, y comparándola con la de los hombres cuya pretendida felicidad envidian, dejarán de creerse los más infortunados; porque con menos riquezas tienen menos peligros, y con menos goces, menos ocasiones de pecar. Si poseen menos parte de la substancia de la tierra, también participan con más abundancia del rocío del cielo; y estando más distantes que los otros de lo que el mundo llama felicidad, están más próximos que ellos á lo que realmente lo es á los ojos de Dios. Pero es difícil hacer entrar en la inteligencia de los hombres estas ideas, que son, sin embargo, incontestables, porque son las de Dios mismo. En unos, la inmoderada afición á las riquezas que poseen, y en otros, el deseo ilimitado de las riquezas que buscan, se focan los principios religiosos. Ciertamente no está prohibido á los pobres el trabajar para mejorar su fortuna; pero, al buscar los bienes de la tierra, deben observar principalmente dos cosas: en primer lugar, someterse con resignación á la voluntad divina, recibiendo sin vanidad las ganancias, y sin lamentarse las pérdidas; y en segundo, no emplear para enriquecerse otros medios que los permitidos, prohibiéndose con escrupulosidad todo cuanto pueda ser contrario á la ley de Dios, á sus máximas y á su espíritu.

Hay un tercer género de espíritu de pobreza, que consiste en renunciar voluntariamente á los bienes terrenales, para servir á Dios con menos peligro y consagrar más libremente á los santos ejercicios de la piedad. Así como en una borrarca los pasajeros arrojan al mar las mercancías, cuyo peso pudiera hacer zozobrar el buque; así en el mar del mundo, donde las tempestades son tan continuas, estas almas prudentes se desembarazan del peso peligroso de sus riquezas, para libertarse del naufragio á que ellas les exponen, y llegar con más prontitud al puerto dichoso de la eternidad. Pero esta clase de espíritu de pobreza no es, como las otras dos, un mandato, sino un simple consejo; no es un deber, sino una perfección, y el mismo Jesucristo lo declara terminantemente. La pobreza voluntaria es un es-

tado á que no debe aspirar todo el mundo; es una vocación particular, que Dios concede muy rara vez, y una gracia especialísima, que hace á pocas personas. Si propone á todos este gran sacrificio, no es para que todos lo hagan, porque eso sería la ruina del orden social, que está protegido por él; sino para que, conociéndolo todos, lo realicen los que tengan energía para ello, y los que no la tengan, lo respeten. Su intención es que este alto grado de perfección exista en cualquier estado y en ambos sexos, para confundir las disculpas que la avaricia opone á la simple práctica de lo que constituye el deber. Quiere, por tanto, que haya personas que renuncien enteramente á su fortuna, para enseñar y alentar á todas las otras á no aficionarse demasiado á ella.

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSERÁN LA TIERRA.

De todos los caracteres con que los profetas anunciaban al Mesías, la mansedumbre es la que le atribuyen con más complacencia, y éste es también el que manifestó más el Salvador durante su permanencia en el mundo. ¿Qué hombre sufrió jamás contradicciones tan violentas? ¿Quién tuvo nunca tanto poder para rechazarlas y vengarse, y las sufrió, sin embargo, con tan completa moderación? En este punto, como en todos los demás, él quiso siempre unir el ejemplo á los mandatos, y hacerse nuestro modelo á la vez que nuestro maestro. Nosotros, en la incapacidad de igualarle, debemos procurar con todas veras asemejarnos á él en cuanto sea posible. La mansedumbre que el nos ordena, formada con arreglo á la suya, debe, ya que no llegue á tan alto grado, porque nuestra flaqueza no lo permite, reunirse siquiera, en cuanto está á nuestro alcance, las mismas condiciones. Por tanto:

Nuestra mansedumbre debe partir, como la suya, de un principio de religión. La mansedumbre cristiana no es una indiferencia de carácter, ni una indolencia de temperamento, ni un cálculo de interés, ni un refinamiento de política, ni una estrategia del amor propio, ni un deseo de agradar, sino que está fundada sobre las dos virtudes principales del Cristianismo, que son la caridad y la humildad. La caridad nos hace afables para con el prójimo, por el amor que nos inspira hacia él y por el temor de ofenderle; la humildad produce en nosotros la dulzura, por el conocimiento profundo de la necesidad que tenemos de indulgencia.

A semejanza de la de Jesucristo, nuestra mansedumbre debe ser, no sólo exterior, sino interior, y consistir, no en simples manifesta-

ciones, sino en el corazón. Dios no prescribe más que virtudes sinceras, y el fingir una mansedumbre que no se tiene, es una falsedad; él no aprueba más que las virtudes sólidas, y la mansedumbre que no existe más que en la apariencia, está expuesta siempre á desmentirse.

Nosotros debemos, sin embargo, como Jesucristo, manifestar exteriormente nuestra mansedumbre; así es que nuestras palabras, el tono de nuestra voz, la compostura del rostro, y principalmente nuestras acciones, deben ser su expresión constante. Muy débil será en nuestra alma si no tiene fuerzas suficientes para salir de ella, y muy pocas serán sus raíces si no puede echar algunos vástagos y producir algún fruto.

Nuestra mansedumbre, conformándose á la de Jesucristo, debe ser universal para todas las ocasiones, así las grandes como las pequeñas, así las raras como las diarias, así las repentinas como las previstas. Las circunstancias pueden variar, pero la mansedumbre cristiana debe ser la misma siempre. No debe alterarse por ninguna contradicción, ni turbarse por ningún reproche, ni agriarse por ningún mal proceder, ni irritarse por ninguna ofensa, sino hacerse superior á todo y no desconcertarse por nada.

Por último, así como la de que Jesucristo nos da ejemplo, nuestra mansedumbre debe ser universal para con toda clase de personas, evitándonos el murmurar de los superiores, el enfadarnos con los iguales y el ser altaneros con los de inferior categoría; y debe comprender, no sólo á nuestros amigos, sino á nuestros enemigos; no sólo á los que nos favorecen, sino á los que procuran perjudicarnos. ¿Qué mérito habría en ser afables con las personas á quienes queremos, ni qué valor puede tener una virtud sin obstáculos que vencer?

A los que practican en verdad la mansedumbre, Jesucristo les ofrece por premio la posesión de la tierra; esto es, no sólo de la tierra que actualmente habitan, sino también de la que desean: la que Dios tiene ya creada, que debe pasar, y la tierra nueva de que habla San Juan en el *Apocalipsis*, donde habitarán eternamente los elegidos, y de la cual la nuestra no es más que una figura. La mansedumbre, tan estimada de los hombres como de Dios, atrae á sí todos los corazones, la tierra entera es su conquista, y su triunfo es tanto más bello, cuanto que agrada á los mismos que se le someten. Tiene además la ventaja de ser como una virtud universal: se acomoda perfectamente con todas las otras; les quita, por decirlo así, su severidad, y esparraca sobre ellas su propio encanto, embelleciéndolas y dándoles una nueva gracia y un nuevo mérito. ¿Os quejáis de encontrar eno-

mistades en vuestro prójimo! ¿Esperáis acaso extinguirlas con vuestra intolerancia, con vuestra acritud y con vuestras violencias? Sólo la mansedumbre tiene poder para triunfar de las enemistades; sola ella puede con su atractivo conciliar los ánimos encontrados, templar los espíritus duros y rígidos, curar las heridas del alma, tranquilizar los espíritus arrebatados, reconciliar las inteligencias opuestas; y si por desgracia vuestra mansedumbre no puede alcanzar el éxito que con los hombres desea, conseguirá cerca de Dios otro infinitamente más apetecible. Lo que no haya podido conseguir en la tierra, lo conseguirá con superabundancia en el cielo, y á falta de la recompensa efímera que se le niegue aquí abajo, le será concedida en el seno de Dios una recompensa eterna.

Después de haber considerado cuál debe ser la mansedumbre, examinemos la que existe en nosotros. Esta virtud es de tal manera estimada, que no hay persona alguna que no tenga la pretensión de poseerla, y casi todo el mundo está persuadido de que la tiene. Es muy común el notar en otros la falta de mansedumbre, y apenas hay quien la advierta en sí mismo; nos hieren profundamente las contradicciones del prójimo, y nosotros le herimos sin cesar, las más veces sin notarlo. Hay muchos hombres que se creen de buena fe llenos de mansedumbre, á quienes la generalidad echa en cara, con razón quizás, todos los defectos contrarios. Penetrad en vosotros mismos, y examinad cuáles son los caracteres de esa mansedumbre que os atribuis. ¿Cuál es su principio? ¿Es la caridad fraternal ó el interés personal? ¿Es el deseo de agradar á Dios ó el de obtener las alabanzas y la amistad de los hombres? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Es en vuestro corazón donde reside, ó únicamente en las maneras afables que sabéis afectar para seducir? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Reprime en vosotros todo cuanto puede ofender á vuestros hermanos, y produce todo cuanto les puede agradar? ¿Cuál es su extensión? ¿Puede resistir la prueba de todos los géneros de contradicciones? ¿No admite excepción alguna, ni se desmiente á la menor oposición que halle? Hagamos este examen de buena fe, y veremos cuántas mansedumbres fingidas desaparecen, cuántas se encuentran completamente falsas, cuántas se ven en extremo frágiles, cuántas son insuficientes, cuántas hipócritas, y cuántas no tienen mérito alguno para la tierra ni para el cielo.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS

He aquí un lenguaje muy extraño para el mundo, que acostumbra á juzgar de la felicidad por la alegría que se siente y por los placeres

de que se disfruta; pero las máximas de Jesucristo son diametralmente opuestas á las del mundo. El hace consistir la felicidad en las lágrimas y les promete un abundante consuelo; mientras que, por el contrario, condena á la desgracia á los que siempre están aquí risueños y alegres, declarándoles que llegará un día en que giman y lloren. Pero no se crea que todas las aflicciones conducen á la felicidad. El grande Apóstol dice que la tristeza, según Dios, es la que, siendo una parte de la penitencia, nos conduce á la salvación de nuestra alma; pero que hay otra tristeza que da la muerte, y es la tristeza del siglo. La tristeza según Dios, que es la que él nos recomienda, y la de que habla Jesucristo, consiste principalmente en dos cosas.

En primer lugar, nuestras lágrimas sacan especialmente su valor de la fuente que las produce. Examinándonos á la luz de la religión, y examinando todo lo que nos rodea, encontraremos innumerables causas para afligirnos. Si consideramos lo pasado, hallaremos muchas culpas que deplorar, muchas gracias perdidas, muchas ocasiones de salvación desperdiciadas, y muchos medios de santificación descuidados. Si pensamos en lo presente, hallaremos en nosotros mil debilidades é imperfecciones, una enorme desproporción entre nuestra penitencia y nuestras faltas, y una desgraciada fragilidad, que constantemente nos incita á cometer otras nuevas. Si dirigimos la vista á lo porvenir, hallaremos una horrible incertidumbre sobre nuestra suerte, y espantosos y fundados temores sobre lo que seremos, como consecuencia de lo que somos y de lo que hemos sido. Quizás tendremos también que deplorar pecados de otros, por haber sido testigos ó causa de ellos con nuestros escándalos. ¿No debemos participar de los dolores con que la Iglesia, nuestra madre, está continuamente afligida por las blasfemias de los incrédulos, por las calumnias de los herejes, por las disensiones de los cismáticos y por la conducta criminal de muchos de sus hijos? Deploremos todos estos desórdenes, lloremoslos con amargura; estas son las lágrimas que Dios agradece y recompensa.

En segundo lugar, las aflicciones que nos causan los males temporales, pueden también alcanzarnos los favores divinos; pero hay una diferencia entre las lágrimas que vierte la religión y las que la naturaleza derrama: las primeras son por sí mismas principios de felicidad; las segundas pueden serlo, según nuestras disposiciones. Los males con que Dios nos aflige son para nosotros lo que queramos hacer de ellos. La pérdida de los bienes, de la salud, de los deudos y de los amigos; las privaciones, los disgustos, las afrentas, las violencias, y en una palabra, las tribulaciones de todo género, de que esta

vida está llena, hacen correr de nuestros ojos amargas y legítimas lágrimas; la religión no las condena, pero nos dice cómo las hemos de santificar. Ellas pueden hacernos dichosos, si llevamos con resignación los males que las causan, si las ofrecemos a Dios, si las sufrimos con espíritu de penitencia, y si, separándonos de los bienes creados, apartan de ellos nuestro corazón y lo ligan a Dios más estrechamente. No se nos prohíbe el entristecernos; pero se nos ordena que no nos dejemos dominar por este sentimiento, como los que están privados de toda esperanza. En medio de nuestros dolores, pensamos en los consuelos que Jesucristo nos promete; esta esperanza será ya un alivio, endulzará nuestros males, hará menos cruel nuestra amargura y aligerará el peso de la cruz que se nos impone. Pero no es en esta tierra maldita de Dios, ni en este desgraciado valle de lágrimas, donde hemos de encontrar el gran consuelo que Jesucristo promete a los afligidos; sólo cuando el Cordero que se sienta sobre su trono los haya conducido a las fuentes de la vida, será cuando enjugará en sus ojos todas las lágrimas. En la nueva Jerusalén, en la ciudad santa bajada del cielo, en el tabernáculo donde Dios ha de reunir a los hombres para habitar con ellos, es donde ya nunca habrá muerte, ni llanto, ni gemidos, ni dolor; porque entonces habrán desaparecido todos los males.

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA,

PORQUE ELLOS SERÁN HARTOS

La justicia de que habla aquí Jesucristo no es sólo esa virtud especial, que consiste en dar a cada uno lo que le pertenece; sino que entiende por esta palabra la justificación que resulta de la práctica de todas las virtudes y del cumplimiento de todos los deberes; esto es lo que constituye la santidad, la gracia santificante y la caridad erigida ya en costumbre, porque todo esto no es más que una misma cosa, considerada desde diferentes puntos de vista. Esta es la justicia de que debemos estar hambrientos, y la que debe excitar nuestras más ardientes aspiraciones. Ella es en la tierra nuestro bien supremo, y hasta pudiera decirse nuestro único bien. Todos los demás, que el mundo busca con tanta ansia, son bienes inciertos, caducos y peligrosos. Semejantes a las plantas malignas, que bajo una bella apariencia esconden el veneno, ellos esconden entre sus atractivos un tósigo mortal, cuyo efecto más ordinario es el de corrompernos y alejarnos de la verdadera dicha. No sucede así con la justicia cristiana; ella sola es un bien puro, que ninguna mezcla de vicios puede alte-

rar, porque es la exclusión de todos los vicios; ella sola es un bien estable, que está en nuestra mano el conservar, y de que ninguna causa extraña puede privarnos, a no ser nuestra propia culpa; ella sola es, en fin, un bien seguro, que podemos proporcionarnos siempre, que no se niega jamás a nuestros votos, y que para poseerlo basta con desearlo sinceramente.

Hemos dicho sinceramente, porque un bien tan importante no puede conseguirse por un deseo simple y estéril, que no tenga la fuerza necesaria para obrar nuestra justificación. Para adquirirlo es necesario que el deseo sea tan sincero y tan ardiente que no haya dificultades que lo detengan, ni seducciones que lo entibien, ni esfuerzos que lo quebrantan. Es preciso ser, como Daniel, el hombre de los deseos, para merecer por ellos un favor tan grande. Jesucristo compara los deseos que son dignos de que él los escuche, con el hambre y la sed que él promete apagar. Ved si un hombre atormentado por una hambre ó una sed violenta se limita sólo a desear verse libre de tales plagas. Por el contrario, hace todo cuanto le es posible para conseguir su objeto; se dirige á todos los que pueden darle algo para satisfacerla, y no hay esfuerzo ni medio alguno que no ponga en práctica. Tales deben ser nuestra hambre y nuestra sed de justicia; así deben apremiarnos incesantemente á pedir el ser satisfechos, al que nos lo puede conceder, que es el Autor de todo lo creado y el que escucha y da cumplimiento á nuestros votos; y además debemos trabajar por nosotros mismos para aplacarla. Entoncees es cuando, excitándonos nuestros deseos á reunir á nuestros propios esfuerzos los socorros de la gracia, serán eficaces; y sólo entonces, cumpliendo Jesucristo la promesa, como nosotros hemos llenado la condición que para alcanzarla se nos ha impuesto, podremos beber hasta hartarnos de la fuente de aguas puras que mana en la vida eterna.

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN

MISERICORDIA

El sentimiento de la misericordia consiste en compadecer los males del prójimo; las obras de misericordia, en aliviarlos. Así como los males á que la humanidad está sujeta son de dos especies, espirituales y temporales, así también la misericordia se puede ejercer de dos maneras, y ambas nos están expresamente mandadas. El precepto de las obras temporales de misericordia se explica por Jesucristo, especialmente cuando, al describir las circunstancias del último día en que se presentará en la tierra, no ya como Salvador, sino como Juez,

declara cuál será la regla de sus sentencias terribles. «Tuve hambre, dirá á los justos, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y fuisteis á verme. Venid, pues, benditos de mi Padre, á poseer conmigo el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo.» Y luego, volviéndose hacia los reprobos, apoyara su condenación en que dejaron de cumplir estos deberes esenciales. Por estas causas opuestas hará subir á los unos á la mansión de la vida, que no tiene fin, y precipitará á los otros en el abismo de las llamas eternas. Los males del orden espiritual, que son mucho más desastrosos que los temporales, se nos manda que los aliviemos, y la orden es todavía más positiva; porque los ignorantes necesitan esencialmente instrucción, consejos los extraviados, consuelo los afligidos, caritativas advertencias los delinquentes, sufragios los difuntos, y los vivos oraciones para preservarlos del mal ó hacerlos perseverar en el bien. Este precepto se extiende tanto como las necesidades á que la humanidad está sujeta, y sus deberes son tan varios como las miserias humanas. Cuando los males de los hombres se multiplican, las entrañas de la misericordia deben dilatarse. ¿Quién de vosotros estará enfermo sin que yo lo esté? ¿Quién de vosotros será escandalizado sin que mi celo se avive? Así hablaba el apóstol San Pablo de los dos géneros de misericordia, y el sentimiento que expresaba su corazón es el que debe de existir en el de todo verdadero cristiano.

Pero no basta todavía con ejercer las obras de misericordia, sino que también forma parte de nuestro deber la manera de practicarlas. Para hacerlas meritorias, es indispensable que procedan de un motivo religioso. No es bastante con que sean el efecto de ese impulso de conmiseración que inspira la naturaleza á la vista de un infortunio, porque, aunque este sentimiento natural no tiene en sí mismo nada de reprehensible, aun cuando el mismo Dios lo ha colocado en nuestros corazones, para excitarnos más poderosamente á socorrer á nuestros hermanos desgraciados; no obstante, aunque este impulso de sensibilidad no sea vicioso, aunque sea por sí mismo laudable, es insuficiente delante de Dios, y necesita, para hacernos merecer sus beneficios, el ser santificado por móviles de un orden superior. Dios no recompensa más que las virtudes de que él es objeto y las acciones hechas por consideración á él, y están muy lejos de agradarle, tanto la beneficencia hipócrita, que busca en sus beneficios la alabanza de los hombres, como la beneficencia interesada, que hace un favor sólo por la esperanza de la recompensa. Dios asigna un premio

más alto á nuestras buenas obras, queriendo ser él mismo la recompensa, y nosotros las envilecemos cuando esperamos otra retribución.

Otro de los deberes de la misericordia es el ser proporcionada á las necesidades del prójimo y á nuestros recursos. Es indudable que ninguno dispone de medios suficientes para aliviar á todos los desgraciados; pero hacerse de esta misma imposibilidad un pretexto para dejar de socorrer á aquellos á quienes se puede ser útil, es una ilusión criminal; así como el fundarse en que la ley no señala á los que se debe hacer bien para no hacerlo á nadie, es un subterfugio de la inhumanidad, tan absurdo como punible. Los desgraciados que os presenta la Providencia son los que os encarga de socorrer. Ya habréis leído en el texto sagrado que ella confió á cada hombre su prójimo, y cuando ofrece á vuestra vista la miseria ó las necesidades de alguno, es porque quiere encargaros especialmente de su alivio. Puede haber, sin embargo, justas razones que impidan la práctica de algunas obras de caridad; por ejemplo, la pobreza dispensa de dar limosnas; pero no hay disculpa alguna contra el precepto de la misericordia en general, porque, cualquiera que sea la condición en que nos hallemos, siempre tenemos posibilidad de servir al prójimo. Al hacer Dios este gran precepto tan estrictamente obligatorio, ha multiplicado los medios de observarlo. El alma misericordiosa que se ve privada de todos los demás recursos, tiene todavía el de sus oraciones, y cuando su propia beneficencia no puede nada, le queda la beneficencia divina, á quien puede implorar, sustituyéndola á su impotencia propia.

Para guiarnos en esta parte importante de la conducta cristiana, tenemos dos reglas seguras que seguir, y siguiéndolas, podemos estar ciertos de no extraviarnos jamás. La una nos la inspira la naturaleza, y consiste en colocarnos por un momento en el lugar del que necesita nuestros socorros, pensando en lo que querríamos que por nosotros se hiciese en igual caso. La otra nos la da la religión, y consiste en elevar á Dios nuestros pensamientos, en reflexionar en lo que nosotros desearíamos de él, en lo que nos concede todos los días, y en ser para nuestros hermanos, según nuestras facultades, lo que le pedimos que sea y lo que es realmente para nosotros.

La inmensa munificencia de Dios, que es nuestro modelo, debe ser también el móvil de la nuestra. La recompensa que él promete á nuestra misericordia, es la suya: la condición que impone á la suya, es la misericordia nuestra. ¿Quién habrá en el mundo que se atreva á creer que no tiene necesidad de la indulgencia divina? El que esto

creyese, demostraría por esta misma jactancia tener más necesidad de ella que nadie. El medio de alcanzarla de Dios es tenerla para con nuestros hermanos, y él se manifestará con nosotros tanto más pródigo, cuanto más lo hubiéramos sido con ellos. La medida de que nosotros nos hayamos servido será, según sus propias palabras, la de que él se servirá para nosotros. El no nos castigará por cada ocasión particular en que hayamos dejado de ser benéficos, si la beneficencia no estaba expresamente mandada en esta ocasión; pero nos recompensará por cada una de las veces que la hayamos ejercido, y nos condenará con rigor si en general hubiésemos dejado de practicarla. Su oráculo es tan terminante como terrible. Sin misericordia será juzgado el que no haya hecho misericordia.

BIENAVENTURADOS LOS DE LIMPIO CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS

Lo que recomienda aquí Jesucristo, no es sólo la pureza exterior, que consiste en no tener el vicio vergonzoso, que mancha el cuerpo al mismo tiempo que el alma; sino la pureza íntima, la pureza de corazón, que es el principio de la del cuerpo. Esta se adquiere, no sólo huyendo de los pecados opuestos á la virtud especial llamada pureza, sino teniendo horror á todos los pecados, de cualquier género que sean, ya queden en el alma que los ha concebido, ya se manifiesten al exterior; esta pureza es, no sólo la exención de todo pecado, sino de toda inclinación á la culpa, y por lo tanto, el horror á todo lo que puede inducirnos á pecar. Nosotros decimos que un fícor está puro cuando no se halla alterado por la mezcla de alguna substancia extraña; asimismo diremos que el corazón puro es aquel en que el amor divino no tiene mezcla de afecciones terrenales. ¿Quién es, decía el Rey profeta, el que tendrá la dicha de llegar á la cumbre del monte del Señor, y habitar en su santa morada? Aquel cuyas manos sean inocentes y cuyo corazón sea puro. Este no es un consejo que se pueda seguir ó descuidar libremente, ni un grado de perfección á que sea permitido dejar de llegar. No hay duda que en la pureza de corazón, como en todas las demás virtudes, hay diferentes grados, cada uno de los cuales obtendrá una proporcionada recompensa. La pureza de corazón es por sí misma, como todas las demás virtudes un precepto estricto, y hasta una condición esencial, para ser admitidos en la ciudad celeste, en la cual no entrará nada que esté manchado. Pero en esta tierra desgraciada, que han venido á inundar todo género de crímenes; en este *mare magnum* de corrupción, en que nos es forzoso habitar; en medio de la universal corrupción que

nos rodea por todas partes, ¿quién es, exclama Salomón, el que puede decir: «Mi corazón está puro, yo estoy exento de pecado»? La comunicación obligada con tantos pecadores, el contacto inevitable de tantos crímenes como se cometen sin cesar al rededor de nosotros, y que penetran forzosamente en nuestra inteligencia, en nuestra imaginación y en nuestra memoria por todos los sentidos, serían suficientes para alterar esta parte tan delicada y tan fácil de quebrantarse. La imposibilidad de evitar esta desgraciada comunicación, la dificultad extrema de impedir el ser impresionados por ella, deben hacernos comprender la necesidad de trabajar en purificarnos y limpiar nuestros corazones de todo lo que pueda haber en ellos de impuro. Purifiquemos nuestros pensamientos, para que todos tengan por último fin, ya que no por fin inmediato, al que los quiere por homenaje; purifiquemos nuestros deseos, para que todos tiendan hacia Aquel que solo es digno de excitarlos, y purifiquemos, en fin, nuestras intenciones, para que ellas dirijan todos nuestros actos hacia Aquel de quien hemos de alcanzar la recompensa. Limpiemos con un trabajo asiduo nuestros corazones de las impurezas que constantemente penetran en ellos, á fin de ponerlos en estado de poderlos presentar á Dios en el día en que éste vuelva á pedirnoslos.

BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE HIJOS DE DIOS SERÁN LLAMADOS

No es posible siempre tener paz con los hombres; pero el grande Apóstol, que prescribe los deberes con una precisión y una exactitud admirables, nos manda que la conservemos cuanto posible sea, poniendo para ello cuanto esté de nuestra parte. Si á veces hay ocasiones en que absolutamente no podemos estar en paz, no por eso deja de estar siempre en nuestras facultades el ser pacíficos. Las disposiciones de otros no están en nuestra mano, pero sí somos dueños de las nuestras. No es imposible impedir el ser objetos de enemistades; pero podemos, en primer lugar, no merecerlas, y en segundo, no abrigarlas hacia los otros. El Espíritu Santo no nos prohíbe tener enemigos, pero nos manda que no lo seamos de nadie. Los que Jesucristo declara bienaventurados no son los que disfrutan la paz, sino los que la desean y trabajan por conseguirla. El amor que se le tiene es un efecto necesario de la caridad, porque es imposible ser verdaderamente caritativo sin amar la paz, como lo es el amar la paz cristianamente sin ser caritativo. Y decimos amar la paz cristianamente, porque muchas veces se disfraza de amor á la paz el temor de ver turbado nuestro reposo, sentimiento producido por la indolencia de

carácter ó temperamento, y por el deseo de conservar las propias comodidades. No es ésta la paz de que habla Jesucristo. Entre el pacífico y el apático hay tanta distancia como entre la caridad y el egoísmo. El uno busca en la paz la felicidad de sus hermanos tanto como la suya; el otro no busca otra cosa que su propia tranquilidad. El amor á la paz, que el divino Salvador recomienda, es, pues, tan necesario como la caridad misma, pues es una de sus ramificaciones.

No se crea que para ser del número de los bienaventurados que aman la paz, baste el desearla sinceramente y no hacer cosa alguna que pueda turbarla, porque un bien tan precioso no se alcanza sin algún trabajo, ni puede esperarse una paz verdadera sin hacerle algunos sacrificios. Los resentimientos, las pretensiones, los derechos legítimos muchas veces, las susceptibilidades del amor propio, hasta la reputación en muchas ocasiones, todo debe ser sacrificado al beneficio inestimable de la paz, todo, menos la conciencia. Para conocer nuestros deberes relativos al sostenimiento de la paz, es preciso que consideremos las causas que lo alteran. El apóstol Santiago nos lo dice: «El principio de vuestras guerras y de vuestras querellas, ¿no son las pasiones que fermentan dentro de vosotros? Luego es necesario formar empeño en reprimirlas, como en una nación bien gobernada debe empezarse por establecer la paz dentro para asegurarla fuera.» Dos pasiones son, entre otras, las principales causas de toda discordia: el orgullo y el interés. Los honores que el uno exige con arrogancia, las riquezas que el otro busca con avidez, no pudiendo ser poseídas por todo el mundo, se convierten por necesidad en gérmenes de odio. Penetrémonos de la humildad y de la abnegación cristianas, y cesarán todas las discordias. El apóstol San Pablo desenvuelve estos principios en su epístola á los filipenses. Después de exhortarlos por los motivos más poderosos á hacer perfecta su alegría, á no tener entre sí más que un solo espíritu, un solo amor y unos mismos sentimientos, añade en seguida los medios de alcanzar este bien tan precioso, enseñándonos á nosotros también cuando á ellos les dice: «No hagáis nada por un espíritu de contienda ó de vanagloria, sino que cada uno por humildad crea á los otros superiores á sí: atienda cada uno, no á su propio interés, sino al de los demás. Sentid y pensad como sentía y pensaba Jesucristo.

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA,
PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Bienaventurados sois cuando os maldijeren y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos. El divino Salvador insiste sobre esta bienaventuranza, desarrollándola más que las otras, porque era en extremo importante convencer á los hombres apóstólicos de la felicidad de los sufrimientos, para alentarlos en la carrera de persecución que iban á empezar. Lo que fué necesario en un principio para la fundación de la Iglesia, no lo ha sido menos en los siglos siguientes para su conservación. En todos tiempos ha sido verdadera la máxima del Apóstol, que dice que todos los que quieran vivir en la piedad sufrirán persecución. Hay diferentes grados de persecuciones, y unas son más crueles que otras. También las hay de diferentes géneros: violentas y hábiles, francas y ocultas; éstas suelen dirigirse á distintos objetos; unas atacan la vida, otras la libertad, otras la reputación, otras la fortuna y toda clase de bienes que los hombres estiman en algo. También suelen valerse de diferentes medios, ya empleando las torturas, ya las vejaciones, ya las calumnias, y ya la befa ó el sarcasmo; pero todas son meritorias á los ojos de Dios, con tal de que sean sufridas por él. No se crea, sin embargo, que todos los fieles tienen la obligación de exponerse á todas estas persecuciones. La mayor parte no tendrán que sufrir más que algunas; pero todos deben estar dispuestos á sufrir cuantas Dios tenga á bien enviarles. Habrá algunos que muestren un valor heroico en los tormentos, y que bastaría á apartarlos del camino de la salvación el miedo de una simple burla. Cualquiera que sea la prueba á que el Señor se digne someter nuestra fe y nuestra piedad, debemos sufrirla gustosos. Cualquiera que sea la tentación con que á su enemigo y al nuestro permita atacarnos, debemos rechazarla con energía. Para nosotros no es solamente una necesidad el sufrir persecuciones, sino también una ventura; por tanto, debemos sufrirlas, no sólo con paciencia, sino hasta con gozo. Jesucristo nos lo declara, dándonos al mismo tiempo la razón en que se funda; y es que, mientras que en la tierra desplagan los hombres toda su rabia contra nosotros, en el cielo tejen los ángeles una brillante corona para nuestras sienas. ¿Qué ambicioso no se alegraría, si supiese que con algunos instantes de penalidad podía adquirir una fortuna inmensa? Y ¿qué proporción guardan todas las fortunas de este mundo reunidas, con la posesión

del cielo? ¿Qué comparación puede hacerse entre las penas que aquí se nos imponen y la dicha que nos está reservada; entre estos pequeños trabajos y su eterna recompensa?

Oh fieles míos muy amados! Los que entre vosotros, tal vez habéis sido reservados por la Providencia para sufrir penas, contradicciones y toda clase de tribulación, manifestaos dignos de la elección que Dios se ha servido hacer, y dad de ello un honroso testimonio. Soportad con valor todo cuanto tengáis que sufrir, sobre todo para conservar pura vuestra fe y no perder el tesoro inestimable de la gracia.

Conservad siempre la serenidad en medio de todas las tribulaciones; y regocijaos de la recompensa, que os aguarda, según nos lo asegura Jesucristo, cuando promete como premio el reino de los cielos á los que habréis sufrido persecución y trabajos por la santidad y la justicia.

JESUCRISTO ENSEÑA UNA JUSTICIA

MÁS ABUNDANTE QUE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

*Dico enim vobis quia nisi abundaverit
justicia vestra plusquam scribarum et
Pharisaeorum non intrabitis in regnum
caelorum.*

Pues yo os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

(S. MATHEO, c. 5, v. 20.)

Estas palabras, hermanos míos, de nuestro Señor sobre los fariseos, debieron parecer muy extrañas á los que le escuchaban. Ellos estaban acostumbrados á considerar á aquellos hombres como modelos de virtud, y no habia israelita alguno que no se hubiese creído perfecto imitándoles. Así juzgan los hombres, que no pueden co-

nocer más que el exterior, y así juzgamos nosotros todos los días á nuestros hermanos, vituperando á los unos con tanta injusticia como ligereza tenemos para alabar á los otros. Pero la mirada de Dios penetra donde no pueden penetrar nuestras débiles miradas. ¿Y qué veía el Señor en aquellos hombres tan ejemplares, que merecieron, á su juicio, la exclusión del reino de los cielos? Porque Jesús declara formalmente que el que no fuere más justo que ellos, no será allí recibido. Y no se trata aquí de un grado más ó menos alto de perfección, sino que esta justicia, superior á la de los fariseos, que él exige de cualquiera que quiere ser su discípulo, es de una necesidad absoluta para la salvación. Así pues, es muy esencial que conozcamos en qué era defectuosa la justicia que los fariseos profesaban.

Precisamente lo que ellos admiraban más en su pretendida justicia, es lo que habia en ella de más vicioso. Los defectos que Jesucristo descubre en la misma, en distintas ocasiones recaen principalmente sobre estos tres puntos: ella era completamente exterior, y para nada se cuidaba del interior; era minuciosa, hasta el punto de ocuparse en pequeñísimas observaciones, descuidando completamente lo esencial; y era hipócrita, pues trataba sólo de captarse la voluntad de los hombres, sin cuidarse en lo más mínimo de merecer la de Dios. Veamos, hermanos míos, cómo Jesucristo condena estos tres defectos, y aprendamos la verdadera justicia que él mismo nos enseña. *Ave María.*

En primer lugar, hermanos míos, los fariseos hacían consistir toda la virtud en la observancia exterior de los preceptos, y no se fijaban en los motivos de esta observancia, creyéndose irreprensibles con tal de que no faltasen á las prácticas establecidas. Así pues, ellos amalgamaban con las observancias prescritas por la ley, todos los vicios condenados por ella: el orgullo con los actos de humildad, la sensualidad con los ayunos frecuentes, con las limosnas abundantes la rapacidad y la injusticia, y con las obras de caridad el desprecio hacia los demás hombres. Esta disposición es diametralmente opuesta á las doctrinas del Crucificado, que enseñan que, siendo Dios un espíritu, debe adorarse en espíritu y en verdad (1). El culto externo, lejos de reemplazar al interno, sólo se ha prescrito para establecerlo, para hacer mayor su extensión, para sostenerlo y para animarlo. No hay una sola de sus prácticas que no sea el ejercicio de alguna

(1) Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. (Joan., 4, 24.)

virtud y que no tenga por objeto el fomentarla. La oración, que es la expresión de la piedad, es al mismo tiempo su alimento; las fiestas, recordando los beneficios de Dios, excitan hacia él nuestra gratitud; las ceremonias, elevando hacia Dios nuestro espíritu, inclinan nuestro corazón á adorarle; los ayunos nos recuerdan el deber de la mortificación y nos la hacen practicar; las obras de misericordia, que la caridad ejerce, estrechan los vínculos que nos ligan á nuestros hermanos; y por último, el culto interior es al culto exterior lo que el alma es al cuerpo. Quitad al culto material el sentimiento que lo vivifica, y pronto no quedará más que un cadáver inanimado y lleno de corrupción.

Tal era la religión de los fariseos. ¿Y no es ésta también la de muchos cristianos? ¡Cuántos hay, entre los mismos que hacen gala de observancia, que hacen consistir toda su perfección en llenar los deberes externos que la ley prescribe, sin ocuparse en manera alguna de lo que la misma ley manda mucho más imperiosamente, que es el reformar sus vicios, refrenar sus inclinaciones, mejorar sus hábitos y reprimir sus pasiones! ¡Cuántos usurpan la reputación de devotos por medio de cierta asiduidad en asistir al templo, y luego, fuera de él, son vanos, sensuales, iracundos, arrebatados y maldicientes! Estos se formarían un escrúpulo de la más ligera falta, y no tienen remordimientos de sus numerosas culpas. No parece sino que la piedad puede existir sin las virtudes. La causa de esta inversión de principios se comprende sin gran trabajo, y es, que las prácticas son más fáciles de observar que las virtudes mismas; que cuesta menos el practicar algunos actos que el hacer en la vida una reforma, y que los únicos deberes penosos son aquellos que exigen combates contra sí mismo. Salgamos de esta ilusión funesta, que, extraviando las almas, las pierde sin remedio, porque forma en ellas una conciencia falsa. Empecemos por rectificar nuestro corazón, y en seguida observaremos fácilmente los deberes de todo género. Arrojemos de nuestra alma los afectos viciosos, llenémosla de las virtudes que nos faltan, y entonces cumpliremos con alegría todos nuestros santos deberes.

Pero, al tratar de desechar la perversa máxima de los fariseos, debemos guardarnos de caer en el exceso contrario. Es un abuso el hacer consistir la religión en las prácticas exteriores, pero no lo es menos el considerarlas como inútiles. Un culto enteramente espiritual no es á propósito para el hombre, pues el lenguaje de los signos es indispensable á la naturaleza humana. ¿Qué espíritus serían bastante fuertes para sostenerse sin ayuda en la contemplación de las

verdades celestiales? El culto exterior sirve para mantener el interno, evitando en éste todo desfallecimiento y mudanza; es un estímulo para la virtud por los ejemplos que presenta, reanima la piedad por sentimientos que inspira, graba en las almas toscas las instrucciones de la religión por medio de sus ritos, hace que los espíritus ligeros ó distraídos se fijen en Dios por medio de las ceremonias, y los reúne á todos en una creencia general y en una moral común. La incredulidad, que declama con tanta violencia contra el culto externo, no lo llama inútil sino porque siente la necesidad de practicarlo, ni tiene otro fin al reducir la religión al culto interno, que el de suprimir todas las religiones. Entre estos dos destructores sistemas tenemos el justo medio que Jesucristo prescribe, y que es el que debemos abrazar. Hablando de las virtudes y de las observancias, dice: «Es preciso practicar las unas y no omitir las otras. «No sepáremos, pues, lo que Dios, en su sabiduría infinita, ha querido que tenga una unión inseparable. Ofrezcámosle los homenajes de nuestros corazones, que es nuestro principal deber; pero manifestémoslos de la manera que él nos lo manda. Esta segunda obligación no es menos esencial que la primera.

En segundo lugar, no solamente los fariseos colocaban la justicia en el exterior, con perjuicio de los deberes interiores, sino que la hacían consistir en prácticas minuciosas y frívolas, descuidando los grandes preceptos de la religión. Ellos no podían permanecer en este error de buena fe, cuando á las prácticas insignificantes, que multiplicaban á lo infinito, reunían vicios formales, que les era imposible justificar. Así, pues, no podemos compadecernos. Mas lo que sí debe ser objeto de nuestra compasión más tierna, es el ver incurrir en el mismo abuso á ciertas almas verdaderamente piadosas, y que otras, ilusionadas por el mismo deseo de la perfección, la buscan donde no se encuentra, y la determinen y señalen por los esfuerzos que hacen para encontrarla. Este es uno de los lazos que el demonio tiende á las almas que ve firmemente adheridas á la virtud. No teniendo esperanza de seducirlas, procura extravíarlas. Si él les presentase pecados que cometer, rechazarían con horror semejante pensamiento; pero las ataca por los medios contrarios, y las tienta por la misma piedad, poniendo ante sus ojos medios de perfección ficticios y no reales; medios que su mismo ardor por el bien les hace seguir precipitadamente. Como estas almas encuentran cierto encanto en tales ejercicios de piedad, el enemigo les sugiere el deseo de multiplicarlos excesivamente, y cada día consigue añadir nuevas prácticas á las antiguas. Así se dejan llevar por una multitud de devociones

más afectuosas que sólidas, se crean deberes y necesidades de cosas inútiles, y por lo tanto peligrosas; porque, si los ejercicios de una piedad ilustrada proporcionan ventajas considerables, las vanas prácticas de una piedad engañosa arrastran consigo muchos inconvenientes. Desde luego alteran la paz del alma, y turban el espíritu, tanto por la agitación de buscar continuamente nuevos medios de perfección, cuanto por los escrúpulos que envuelve el miedo de no haber hecho bastante, ó no haber hecho bien, todo lo necesario para conseguirla. El deseo de salvarse no es una pasión ni una efervescencia del corazón, sino un deseo á la vez vivo y tranquilo, ardiente en su sentimiento y frío en la contemplación de sus medios. Es preciso no confundir la petulancia del carácter con la energía de la piedad. Otro de los inconvenientes de la multitud de prácticas de superogación, es que perjudican casi siempre á las obligaciones esenciales, ya por el tiempo que consumen, ya por los afectos que absorben. Uno de los escándalos del mundo, uno de los reproches que hace á la piedad la irreligión, uno de los objetos de burla de la incredulidad, es el ver las verdaderas obligaciones, aquellas que la religión prescribe, é impone la profesión, sacrificadas á falsos deberes, á los cuales se atiende más porque se los ha impuesto uno mismo. No pudiendo imputar defecto alguno á la piedad verdadera y sólida, sus enemigos de todas clases afectan confundirla con la piedad extraviada; señalan los abusos de devoción como efectos de ella, y los extravíos condenados por la religión sirven de pretexto á su injusticia, ya para difamarla, ya para ridiculizarla. Otro de los vicios que encierra generalmente la manía de acumular prácticas inútiles, es el orgullo. Este es por lo común la causa ó el efecto, y si en el principio no lo produce, lo natural es que resulte más tarde. Se emprenden vías de salvación extraordinarias, porque se desdaban las sendas conocidas ya de todos; se quiere tomar un vuelo más elevado que el de los demás, porque se cree tener mayores fuerzas para sostenerlo; ó bien, si no es este sentimiento oculto el que ha determinado comenzar la empresa, no tarda mucho en presentarse. La comparación de sí mismo con el prójimo es una idea tan natural, que con frecuencia se ocurre sin pensar en ello. Es una grande tentación para preferirse á sus hermanos, el estar persuadido de ejecutar más obras piadosas que las que ellos practican. Almas virtuosas, á quienes arrebató el ardor, tan laudable en sí mismo como fácil de extraviar, de perfeccionarse incesantemente, temed la ilusión en que puede hacerlos incurrir, temed las astucias del enemigo de la salud eterna, y temeos en fin á vosotros mismos. Sin duda proviene de Dios el deseo de perfección que experi-

mentáis; pero la idea que de ella tenéis formada, y los medios que empleáis para conseguirla, ¿es Dios quien os los sugiere? Marta habia colocado, como vosotros, su perfección en la multitud de cosas que hacia por Jesucristo; pero el divino Maestro corrigió su error. No es el hacer mucho lo que nos hace perfectos, sino el hacer bien lo que se debe. La perfección que buscáis está circunscrita al estrecho círculo de vuestras obligaciones, y allí es donde la encontraréis. El ejercicio sostenido de las virtudes, la práctica no interrumpida de los deberes, la asiduidad á las funciones prescritas, encierran todo el secreto de los santos, y los grados de virtud y santidad que alcanzaron. La práctica fiel y continua de las más pequeñas cosas obligatorias entre los disgustos y repugnancias que llevan consigo, es más meritoria que las prácticas á que vuestro gusto os inclina, y si bien tiene más dificultades, no envuelve los mismos peligros.

— Pero ¿será preciso entonces, me diréis, suprimir todos los ejercicios de piedad que no procedan de un mandato? No permita Dios que caigamos en ese otro exceso. Tan contrario es á la verdadera virtud el hacerla consistir sólo en prácticas, como el excluir éstas completamente de aquella. Muy lejos están también del verdadero espíritu de la religión los que quieren atenerse á la observancia estricta de los preceptos, y temen hacer más de lo que absolutamente les está mandado. El Cristianismo tiene sus preceptos y sus consejos, y no se observarán fielmente los unos sin seguir también algunos de los otros. Las obras de superogación no constituyen la piedad, pero le son muy útiles y hasta necesarias. Son para la piedad lo que la corteza es para el tronco: la cubren, la defienden y contribuyen á la circulación de la savia que lo sostiene. Quitad al árbol su corteza, y pronto le veréis secarse y morir. Lo mismo sucederá á la piedad si la despojáis de sus saludables prácticas. Lo que constituye el peligro de los ejercicios piadosos no es su uso, sino su mala elección ó sus excesos. La religión reprime, no los arranques de la piedad, sino sus extravíos; no detiene los progresos de la virtud, sino que los dirige; no limita la perfección, sino que le da reglas. He aquí cuál es la templanza de sabiduría recomendada por el grande Apóstol. Esta consiste en no entregarse indiscretamente á todos los arranques de una piedad más ardiente que ilustrada. Continúa, pues, en el uso de los santos ejercicios; pero escogedlos y limitadlos. Escoged aquellos que autoriza el uso general de la Iglesia, y limitadlos á un pequeño número, que no os distraiga de vuestros deberes. No los interrumpáis sino obligados por la necesidad ó empeñados en algún bien de un orden superior, ni os permitáis multiplicarlos á medida de

vuestros deseos, sin que os muevan poderosas consideraciones. Cuando sean fijos, no turbarán la paz de vuestra alma; cuando estén limitados, no absorberán todos vuestros momentos, y cuando sean comunes, no os inspirarán orgullo. Y vosotros principalmente, los que tenéis un corazón más sensible y una imaginación más ardiente, y por lo tanto es más fácil una alucinación, desconfiad en gran manera de vuestros propios deseos; nada hagáis en este punto sin los consejos de un director prudente y sabio, que sepa soltar con tino la rienda á vuestro celo ó reprimir sus arranques. Sobre todo, en su elección es donde debéis evitar que sea el atractivo el que os arrastre. Con frecuencia se suele escoger el director espiritual, no según las necesidades, sino conforme al gusto. Mientras que los cristianos relajados ó tibios buscan el confesor más fácil ó menos escrupuloso, los fieles, animados de un vivo fervor, se dirigen al más riguroso y severo. Esta misma causa produce con caracteres diferentes efectos contrarios, y obliga á unos y á otros á elegir en abierta oposición con su propia utilidad. Aquellos á quienes sería necesario excitar, buscan el director que los mantiene en la apatía, mientras que los que necesitarían ser contenidos, eligen al que excita su exaltación. Para determinar la confianza, á Dios es al que se debe consultar, no á las propias inclinaciones. En un director espiritual casi son tan temibles el exceso como el defecto de celo, y es preciso buscar á aquel en quien el celo esté prudentemente dirigido, y el talento esté también madurado por la experiencia.

En tercer lugar, el principal vicio de la pretendida perfección de los fariseos era la hipocresía. A ellos les importaba poco el ser buenos; lo que querían era parecerlo; buscaban, no el mérito delante de Dios, sino la buena fama entre los hombres; trabajaban para usurpar los respetos y los elogios, pero nada hacían para merecerlos. A muchas de sus obras, convertidas por ellos en principios de perdición, sólo faltaba un móvil más digno para ser otras tantas fuentes de gracia. Ellos creían encubrir con estos actos de piedad solemne todos los vicios á que estaban entregados y que el Salvador les echaba en cara con frecuencia. ¡Insensatos! Si lograban seducir á los hombres, ¿esperarían también engañar á Dios? Si se cree en él, ¿cómo pensar en engañarle? Y si no se cree, ¿á qué todo ese aparato de piedad tan complicado y penoso? ¿Y aun el hipócrita puede con algún fundamento esperar engañar al mundo constantemente? Cuando el mundo sospecha la hipocresía hasta donde no existe, ¿no acabará por descubrir bien pronto dónde se halla? Ved á todos los ojos que os rodean inspeccionar todos vuestros pasos, y pensad si podréis ocultar algu-

no. Observad cómo á la más pequeña debilidad, manifestada por un hombre piadoso, los libertinos se jactan con maliciosa alegría de haberle desenmascarado. ¿Y creéis que puedan tener más indulgencia para vuestros vicios? La hipocresía, odiada del cielo y despreciada de la tierra, es á la vez una extravagancia, una bajeza y un crimen.

Pero ¿será necesario manifestar abiertamente los defectos, y estará prohibido á cada uno el dejar entrever sus virtudes? De ningún modo; y respecto á este punto, distinguiremos dos estados diferentes: el de pecado y el de justicia. El pecador debe conservar la decencia, mientras que el justo está obligado á la edificación; y ni la decencia ni la edificación son la hipocresía. Importa, pues, conocer en qué se diferencian.

Sería una asección muy extraña el sentar que, porque uno es pecador, deba también ser escandaloso; porque sería tanto como pretender que cuando uno se ha hecho criminal, debe empeñarse en serlo más todavía. Hay una inmensa distancia entre ocultar los defectos que se tienen, y manifestar virtudes que no se poseen; entre la apariencia de practicar lo que se debe, y hacer en público obras á las cuales no se está obligado. El cuidado con que el vicio se oculta es un homenaje rendido á la virtud, pero es siempre una ofensa cuando aquél trata de simularla. La línea que separa la decencia de la hipocresía, es la que se encuentra entre el deber y la supererogación. Así pues, cuando uno no cumple con sus obligaciones, es menester que á lo menos lo parezca. Obrar de otro modo es añadir á la inobservancia el desprecio, al pecado el escándalo, y á su propia culpa la de aquellos que la cometen también precipitados por el ejemplo. Vosotros, los que tenéis la desgracia de vivir en el desorden, si no tenéis piedad de vuestra alma, tened siquiera compasión de las de vuestros hermanos. Si vuestra debilidad os arrastra, respetad la de vuestro prójimo, y ya que os hagáis esclavos del demonio, á lo menos no os hagáis sus ministros; y por último, si habéis perdido completamente el pudor, que impide cometer el crimen, conservad siquiera la vergüenza, que hace arrepentirse de haberlo cometido.

Harmonizando la ley que proscribía la hipocresía con la que manda la decencia, ¿cómo puede conciliarse con el precepto de la edificación? ¿Cómo puede á un mismo tiempo evitarse lo que Jesucristo echa en cara á los fariseos, de practicar todas sus obras para ser vistos por los hombres, y ejecutar el mandato que impone á sus apóstoles, de hacer ver á las gentes y hacer brillar ante todo el mundo sus buenas obras, para que fuesen un estímulo para glorificar al Padre celestial? La hipocresía y la edificación se diferencian esencialmen-

te, tanto en la intención como en el hecho. El fariseo quería ser visto para atraerse las consideraciones y alcanzar los mejores puestos; pero el justo, al manifestar sus actos de virtud, pretende el que Dios sea glorificado. El deseo de las miradas públicas es en aquél efecto del orgullo, al paso que en éste lo es de la caridad. El uno busca allí su utilidad propia, el otro sólo busca la del prójimo; el primero no aspira más que a su propia gloria, el segundo busca la de su Criador. Cuando os sintáis inspirados para practicar una buena obra pública, examinad cuál es la causa que á ello os mueve: si es el deseo de ser alabados por los hombres, ó el de obligarlos con vuestro ejemplo á alabar á Dios. Pero este examen exige una atención profunda, porque desgraciadamente es muy fácil el forjarse ilusiones sobre este punto. El demonio presenta algunas veces á las almas vanas el pretexto de la edificación, para obligarlas á satisfacer su amor propio, al paso que otras veces detiene á las almas tímoras, sugiriéndoles el temor de obrar por orgullo. Es preciso ponerse al alcance de estas vanas sugerencias. No se obra por vanidad sino cuando se quiere. Es, pues, indispensable querer con firmeza no ser impulsado por esta causa, y desechar al mismo tiempo los pueriles temores de ceder á ella contra la voluntad; no hacer el bien para que lo vean, ni dejarlo de hacer porque haya de ser visto.

La hipocresía tiene además generalmente otro carácter, que la distingue de la edificación: este carácter es la afectación. Los fariseos llevaban sobre sus ropas, en anchas franjas, los preceptos de la ley, como un anuncio de su elevada santidad. Así vemos algunas veces á ciertos hombres hacer ostentación de su fingida piedad, cuidando de que todo el bien que hacen sea universalmente visto, afectando una severidad de principios, una regularidad de conducta y una abundancia extraordinaria de buenas obras, y creyendo darse por este medio cierta importancia en el mundo. La verdadera piedad no afecta nada, ni desea ni teme ser conocida; y ocupada exclusivamente en agradar á Dios, no busca las alabanzas de los hombres, ni se ofende por sus desprecios, ni se envanece con su estimación. Hace el bien, así en particular como en público, según se presenta la ocasión de hacerlo; se deja ver, sin tratar de ocultarse ni de mostrarse, y es exacta sin rigorismo, virtuosa sin pretensión, benéfica sin aparato, y edificante, tanto por lo que se ve de su conducta como por lo que de ella queda oculto. Esta es la verdadera justicia, opuesta á la falsa de los fariseos; justicia, hermanos míos, que, por lo que tiene de exterior, redunde en gloria de Dios nuestro Señor, confesando públicamente á Jesucristo según el precepto del Evangelio; y por lo que tie-

ne de interna y sólida, merece, según dijo Jesucristo, que Dios nuestro Señor, que penetra nuestros corazones, nos la premie con abundancia de gracias en este mundo, y con la eterna gloria en el cielo. *Amén.*

SUMISION Á LAS POTESTADES COMO PRECEPTO DE LA RELIGIÓN DE CRISTO

*Tunc ait illis: reddite ergo quae sunt
Caesaris Caesari et quae sunt Dei Deo.*
Entonces les dijo: pues pagad á César lo que es de César y á Dios lo que es de Dios.

(S. MATHEO, c. 22, v. 21.)

Los fariseos, hermanos míos, habian tentado muchas ocasiones inútilmente á Jesucristo, en materias de religión, y ahora quieren atacarle en un asunto de Estado. El pueblo judío, que, por espacio de casi un siglo, venia siendo súbdito y tributario de los romanos, consideraba su autoridad como usurpada y su yugo como ilegítimo. Creía que el tributo no era debido al Emperador, que, por su parte, lo exigía exactamente. La pregunta hecha al divino Salvador, de si era lícito pagar el tributo al César llevaba, pues, la tendencia de comprometerle con uno de los dos partidos, y hacerle odioso al pueblo ó sospechoso al poder soberano.

Si decía que el tributo debe ser pagado, no podía menos de desagradar á los judíos, en cuyo caso lo presentarían como traidor á su nación. Si respondía, por el contrario, que el tributo no debía pagarse, se declaraba enemigo de los romanos, y entonces le denunciarían al momento á los representantes del Emperador como sedicioso y rebelde á su autoridad. Por un refinamiento de malicia, los fariseos envían con sus emisarios algunos sirvientes de la casa de Herodes, príncipe adicto á los romanos, de quienes habia recibido el poder y por los cuales estaba sostenido. Así, pues, el Salvador iba á encon-